

Abdullahi Yussuf Ahmad

Somalia, Presidente de la República

Duración del mandato: 14 de Octubre de 2004 - de de
Nacimiento: Galkayo, región de Mudug, 15 de Diciembre de 1934
Partido político: SSDF
Profesión: Militar



Resumen

Miembro de los Darod, uno de los cuatro grandes clanes en los que se encuadra más del 80% de los somalíes, y dentro del mismo del subclán Harti-Majertín, nació en el interior de la región central de la entonces colonia de Somalia Italiana. Muy escasa es la información que ofrecen las fuentes sobre la biografía de este antiguo militar profesional involucrado en las caóticas turbulencias políticas del cuerno de África, que fungió como uno de los más destacados señores de la guerra de este Estado desarticulado antes de convertirse en el presidente del mismo, más nominal y de iure que efectivo, en 2004.

Biografía

Así, el repaso de la trayectoria de Yussuf Ahmad pasa inexcusablemente por la lectura de su currículum oficial, el cual resulta tan impreciso como insistente en el realce de ciertos pasajes atribuidos, por no decir propagandístico y sospechosamente laudatorio, que debe ser acogido con todas las cautelas.

De acuerdo con los despachos biográficos divulgados por los servicios de prensa del autoproclamado Estado del Puntland de Somalia, que él acaudilló hasta la víspera de su elección como presidente de la República Somalí, Yussuf se adiestró como militar profesional en escuelas castrenses en Italia en la segunda mitad de la década de los cincuenta. En 1965, un lustro después de iniciar el país su andadura como Estado independiente a partir de la fusión de las antiguas somalias italiana y británica, se desplazó a la URSS para capacitarse como oficial de Estado Mayor. En 1968 estuvo de vuelta en Mogadiscio con el grado de coronel, pasando a asumir en el Ejército Nacional funciones de comandante de tropa y de intendente del Departamento de Oficiales y Personal.

Se asegura que Yussuf se opuso al triunfante golpe de Estado perpetrado en octubre de 1969 por el general Muhammad Siyad Barre, un darod del subclán Marehán, contra el Gobierno civil del primer ministro Muhammad Ibrahim Egal, un dirigente de la Liga de la Juventud Somalí que intentaba mantener a flote el sistema de democracia parlamentaria, casi excepcional en el continente en aquel entonces pero herido de muerte por el asesinato días atrás del presidente Abdirashid Ali Shermarke. Como castigo a su, en apariencia, fidelidad al orden constitucional, el coronel fue arrestado y dio con sus huesos en prisión, donde iba a permanecer seis años sin cargos ni juicio.

En 1975 Yussuf recobró la libertad y se reincorporó al servicio en el Ejército en su antiguo puesto del escalafón. Adquirió, por tanto, la condición de oficial subalterno en el régimen dictatorial implantado por Siyad Barre, quien se disponía a reemplazar el Gobierno de facto militar por una administración formalmente civil basada en un partido único, el Socialista Revolucionario Somalí, al principio de corte prosoviético. En 1977 empezó a tomar clases de Derecho en la Universidad de Mogadiscio, pero el estallido con Etiopía de la guerra por la posesión de la vasta región desértica de Ogadén, reclamada por Somalia y habitada por nómadas del subclán Darod-Ogadén alzados en rebelión contra las nuevas autoridades marxistas de Addis Abeba, interrumpió este paso por las aulas al ser movilizado.

A principios de marzo de 1978, la fuerte contraofensiva de las tropas etíopes y sus aliados cubanos y soviéticos consiguió expulsar del norte del Ogadén al Ejército somalí, que fue derrotado en toda regla. Siyad Barre, para sobrevivir, se vio obligado a hacerse tributario del bloque occidental a la vez que afrontaba las asechanzas sediciosas de oficiales furiosos por lo que creían había sido una conducción desastrosa de la guerra. Uno de ellos era Yussuf, quien escasas semanas después de la capitulación disfrazada de retirada en el Ogadén tomó parte en un intento de derrocar al autócrata.

La intentona, orquestada por militares darods majertines (los cuales, al parecer, actuaron movidos también por el agravio que les había supuesto su discriminación en los ascensos en favor de los marehás del presidente), fracasó no sin dar pie a una sangrienta batalla campal con los lealistas en la que pudieron perecer medio millar de soldados de ambos bandos. La mayoría de los golpistas supervivientes en el acto de abril, inclusive su cabecilla, el coronel Muhammad Shaykh Osman, terminaron ante el pelotón de fusilamiento, pero Yussuf consiguió escapar cruzando la frontera de Etiopía. Posteriormente, una dura represión se abatió sobre los miembros del subclán Majertín en la región de Mudug, de donde era originario Yussuf.

Con el patrocinio del régimen comunista de Mengistu Haile Mariam e ignorando la causa soberanista de los ogadenis etíopes, Yussuf y otros exiliados, casi todos darods de subclanes Harti, pusieron en marcha un grupo armado de oposición, el Frente de Salvación Somalí (FSS). Con Yussuf de comandante en jefe, el FSS era el primer partido somalí que pretendía echar a Siyad Barre del poder por la vía insurgente, si bien tardó un buen tiempo en entrañar una

mínima amenaza militar para el dictador.

A pesar de su componente sectario majertín, y del fallido empeño en ampliar su base social de apoyos, el frente de Yussuf reclamó su condición de movimiento de dimensión nacional, y, como era costumbre en las guerrillas africanas de la época, se dotó de un ala militar y otra civil, constituyendo un Comité Central de once miembros cuya presidencia reservó el coronel. Caracterizado por la indefinición ideológica más allá de las invocaciones patrióticas, el FSS pasó a emitir proclamas antiimperialistas y antiestadounidenses a partir de octubre de 1981, cuando se fusionó con dos formaciones de izquierda radical basadas en Yemen del Sur, el Partido de los Trabajadores Somalí y el Frente Democrático para la Liberación de Somalia, dando lugar al Frente Democrático de Salvación Somalí (FDSS).

En el verano de 1982, el FDSS, con, según se informó entonces, el apoyo financiero de la Libia de Muammar al-Gaddafi, abrió dos frentes de lucha, el primero en el terruño de Yussuf, Mudug, y el segundo en la región septentrional de Togdhir. Pero estas incursiones transfronterizas más bien parecieron la respuesta etíope a los recientes ataques de la guerrilla ogadeni sostenida por Mogadiscio, el Frente de Liberación de Somalia Occidental, dentro del conflicto de desgaste que venía enfrentando a los dos países, los cuales renunciaban a librar una guerra abierta a cargo de sus ejércitos regulares aunque no a sostener escaramuzas de mayor o menor entidad- y optaban por azuzarse sus respectivas subversiones armadas. De hecho, los corresponsales de prensa relataron que la columna vertebral de la guerrilla de Yussuf consistía en unidades especiales del Ejército etíope.

La estrategia de Yussuf incluyó también un acuerdo de coordinación militar con la otra facción rebelde importante, el Movimiento Nacional Somalí (MNS), surgido en 1981 en las regiones del norte, en territorio de lo que había sido la Somalia Británica, y basado en el clan Issaq, pero las mutuas suspicacias lastraron su efectividad. Así, el FDSS era visto como un mero títere de Etiopía, que mostraba apetitos anexionistas tras el patronazgo de las guerrillas somalíes.

A Yussuf debió de aflorarle la vena nacionalista cuando el Gobierno de Addis Abeba afirmó que las porciones de territorio somalí conquistadas en la ofensiva de 1982 eran de soberanía etíope. Ésto afectaba a las localidades de Ballanbale y Goldogob, situadas entre la frontera y Galkayo, capital regional de Mudug y lugar de nacimiento de Yussuf, quien estaba muy orgulloso de sus primeras áreas liberadas. Airado con aquella pretensión, el coronel se puso a porfiar con los elementos del FDSS más sumisos a los etíopes, quienes en octubre de 1985 zanjaron la crisis interna arrestando a Yussuf y a seis de sus lugartenientes. La defenestración fue escenificada en el Comité Central del partido, que destituyó a su presidente con el argumento de que no había ejecutado ciertas resoluciones aprobadas con anterioridad.

Para Yussuf, fue el principio de un segundo y duradero período de prisión, esta vez en Etiopía. Entre tanto, la guerrilla que había fundado fue languideciendo a medida que Mengistu empezó a preocuparse menos de socavar el régimen de Mogadiscio que de protegerse él mismo contra sus cada vez más poderosas rebeliones en las regiones de Eritrea y Tigré. El FDSS estaba prácticamente desaparecido de la escena para 1990, cuando Siyad Barre comenzó a verse rodeado de enemigos por doquier, entrando su régimen en la crisis definitiva.

Así, a los issaqs del MNS les secundaron en rebeldía los darods sureños del subclán Ogadén, que no perdonaban a Siyad Barre el acuerdo de cese de hostilidades firmado con Etiopía en abril de 1988, los cuales, con la adición de un grupo de oficiales desertores del Ejército, dieron vida al Movimiento Patriótico Somalí (MPS). Finalmente, fueron los clanes Hawiyé de Mogadiscio y sus alrededores los que se alzaron en armas contra la dictadura bajo la sigla del Congreso Unificado Somalí (CUS). La rebelión del CUS dio el golpe de gracia a un Ejército nacional diezmado por las defecciones y las bajas en combate, y muy bajo de moral. El régimen colapsó y el 27 de enero de 1991 Siyad Barre huía de Mogadiscio en dirección a Kenya, al cabo de cuatro semanas de furiosa batalla en la capital e instantes antes de que los milicianos hawiyés capturaran el palacio presidencial.

Fue entonces cuando reapareció Yussuf, el cual, desde su feudo de Mudug, reclamó una parcela en el autoproclamado Gobierno de unidad nacional que el CUS había establecido en Mogadiscio, con el empresario hostelero Ali Mahdi Muhammad insistiendo en su condición de presidente interino de la República. Un velo de misterio recubre la peripecia personal de Yussuf desde que fue hecho prisionero por los etíopes hasta este momento. Lo único evidente es que, en fecha ignorada y por razones igualmente desconocidas, recobró la libertad de movimientos, que en un tiempo récord, aprovechándose de la anarquía imperante en el país, rehizo las filas del FDSS con el reclutamiento de jóvenes del subclán Majertín, y que venía resuelto a tener su cuota de protagonismo en la incierta etapa que se abría en Somalia.

La primera estrategia de Yussuf en esta hora en que las distintas milicias y guerrillas no vacilaban en saltarse al cuello las unas a las otras para quedarse con el mejor despojo de guerra fue acercarse al CUS y el MPS en torno a una declaración sobre el establecimiento de un Gobierno central multicomunitario y un Estado de derecho, con asunción de la seguridad por las autoridades centrales, garantías de libertades democráticas y adopción de la economía de mercado.

Sin embargo, las facciones armadas fueron incapaces de consensuar un proyecto de reconstrucción nacional y se dejaron arrastrar por las inveteradas rivalidades de clan y las pependencias personales, dando lugar a una lucha sin escrúpulos por el control del poder político y los escasos recursos económicos en este país árido y depauperado. Para marzo de 1991, Somalia estaba hundida de nuevo en la guerra civil y el baño de sangre. Tan desastrosa situación era doblemente triste por paradójica: Somalia era entonces, y sigue siéndolo hoy, un modelo potencial de estabilidad política y social para todo el continente, ya que la práctica totalidad de la población compartía etnia ?la somalí-, lengua ?el somalí-, religión ?el Islam sunní- y cultura. No había lugar para las fracturas de tipo tribal, pero a cambio imperaba una rígida estructura de clanes y subclanes que obstaculizaba decisivamente las nociones de sociedad civil y derechos individuales.

Yussuf figuró entre los caudillos facciosos que alimentaron esta mortífera dinámica de depredación y violencias arbitrarias, y, poniendo en solfa sus proclamas patrióticas de fe en la nación somalí, adquirieron la mentalidad de señores de la guerra (warlords). El fracaso de las conversaciones multipartitas que siguieron a la caída de Siyad Barre trajo un realineamiento de los contendientes con criterios puramente de clan. Por una parte, surgió una alianza darod que vinculó a los majertines de Yussuf y los ogadenis del MPS, potente guerrilla liderada por otro antiguo coronel del Ejército, Ahmad Omar Jess, que se había hecho fuerte en la región extremo meridional en torno al estratégico puerto de Kismayo.

La coalición FDSS-MPS empezó combatiendo al CUS, pero no tardó en pugnar también con los miembros de los subclanes darod Marehán y Harti que seguían acatando a Siyad Barre y cuyas huestes había reagrupado bajo la bandera del Frente Nacional Somalí (FNS) un yerno del dictador ahora exiliado en Kenya, el general Muhammad Siyad Hersi, alias Morgan, quien era, por cierto, un majertín. En el seno del MPS, un sector dirigido por el general Aden Abdullahi Nur, alias Gabiyow, antiguo ministro de Defensa destituido por Siyad Barre, se levantó contra Jess cuando éste entró en tratos con el CUS, y trabó alianza con Morgan. El movimiento de Jess facilitó la cancelación de las hostilidades entre las facciones darods más importantes y para Yussuf supuso de hecho la reconciliación con las fuerzas del antiguo régimen y con el subclán Marehán.

En el norte, el MNS, que tenía bajo su control las ciudades de Berbera y Hargeysa, y que no estaba interesado en el cogobierno de Mogadiscio, se declaró en secesión y el 18 de mayo de 1991 proclamó la independencia de la República de Somaliland bajo la presidencia de Abdurrahman Ahmad Ali, alias Tur. El autogobierno del MNS confirió estabilidad al territorio, que había sufrido grandes destrucciones durante la guerra, y articuló un sistema económico no exento de prosperidad basado en el comercio exterior, fundamentalmente la exportación de ganado ovino a Arabia Saudí y el tránsito de mercancías a Etiopía.

Para complicar aún más la situación, en Mogadiscio, el propio CUS se dividió en dos facciones hawiyés mortalmente enfrentadas: la oficialista del subclán Abgal, leal a Mahdi Muhammad, y la apoyada en el subclán Habr Gedir y comandada por Muhammad Farah Hassan, apodado Aydid, otro antiguo general del Ejército que declaró las hostilidades al presidente interino para arrebatarse el puesto y el poder, y que se alió a la facción del MPS controlada por Jess para combatir en su terreno a los partidarios de Siyad Barre, los cuales se afanaban en la reconquista de la capital desde el sudoeste.

Desde la amplia posesión semiautónoma controlada por el FDSS y los clanes Darod, la cual, sin contornos precisos ni estables, se extendía desde la región central de Galguduud hasta la región septentrional de Bari, justamente en la punta del cuerno de África, Yussuf fue testigo de la devastación causada en Mogadiscio por las luchas fratricidas entre las dos facciones del CUS, deflagración que arruinó la última esperanza de recomponer el Estado somalí y desbarató los escasos canales de distribución de alimentos que aún funcionaban, provocando una hambruna de enormes proporciones y haciendo reaccionar a la comunidad internacional.

En diciembre de 1992, aprovechando una precaria tregua en Mogadiscio, comenzó la operación militar de emergencia humanitaria Devolver la Esperanza, aprobada por el Consejo de Seguridad de la ONU y consistente en una Fuerza Operativa Unificada (UNITAF) de 37.000 soldados encabezada por Estados Unidos, la cual terminó enfangándose, al igual que la operación de 28.000 cascos azules que le tomó el relevo en mayo de 1993, la ONUSOM II, en una sangrienta caza y captura del general Aydid, erigido en cabecilla de la hostilidad local contra el desembarco de fuerzas extranjeras.

En noviembre de 1993, año explosivo que registró la muerte de decenas de soldados extranjeros y de cientos de milicianos y civiles somalíes sólo en las escaramuzas de Mogadiscio, el FDSS de Yussuf entró en concierto con la facción del CUS encabezada por Mahdi Muhammad, el MPS de Gabiyow, el FNS de Morgan y otras ocho organizaciones de menor relieve bajo la sombrilla de la Alianza de Salvación Somalí (ASS). La conferencia fundacional de la ASS se celebró en el distrito de la capital controlado por Mahdi Muhammad y sus participantes hablaron largo y tendido sobre la necesidad de elaborar una estrategia nacional multipartita en aras de la paz, el imperio de la ley, la democracia y los Derechos Humanos. Ahora bien, con esta maniobra, Yussuf y sus aliados fácticos buscaban sobre todo acorrallar al potente Aydid, aprovechando que el recalcitrante caudillo hawiyé estaba en el punto de mira de los marines de Estados Unidos, instándole a someterse a un acuerdo de alto el fuego y desarme de combatientes.

La exhortación amenazadora de la ASS cayó en saco roto. Aydid replicó articulando la Alianza Nacional Somalí (ANS), el pandemónium siguió como si tal cosa y la comunidad internacional se vio impotente para establecer un mínimo de orden. Deseosas de abandonar el avispero en que se habían metido, las tropas estadounidenses reembarcaron en marzo de 1994, seguidas de los demás contingentes occidentales. En marzo de 1995 se marcharon también los últimos efectivos pakistaníes de la ONUSOM II, evacuados a toda prisa por una fuerza anfibia italo-estadounidense. Somalia quedaba a merced de los violentos y predadores señores de la guerra.

En todo este tiempo, Yussuf y el FDSS fueron signatarios y partícipes de varias declaraciones de paz y conferencias de reconciliación que, invariablemente, terminaron en fracaso. Fuera de estas deslavazadas iniciativas, sobre el terreno, fueron sumándose a la conflagración de un inextricable todos contra todos nuevos actores armados al ritmo de un sinfín de alianzas, contraalianzas, defecciones y escisiones, alcanzándose un insospechado grado de atomización faccionaria. La muerte en agosto de 1996 de Aydid, víctima de una salva de artillería disparada por las fuerzas de un ex lugarteniente rebelado, Osman Hassan Ali Ato, un año después de autoproclamarse presidente de Somalia sin ningún reconocimiento internacional, no trajo el mínimo barrunto de paz al malhadado país africano.

Yussuf volvió a hacerse notar en enero de 1997. El 3 de ese mes, reunidos en conferencia en Sodere, Etiopía, 27 partidos y facciones activaron un Consejo de Salvación Nacional (CSN),

remedio de institución estatal provisional de 41 miembros con una presidencia colectiva de cinco. Éstos eran Yussuf por el FDSS, Mahdi Muhammad por el CUS-ASS, Ali Ato por la rama disidente del CUS-ANS, Gabiyow por su facción del MPS y Abdulkadir Muhammad Aden, alias Zoppo, por el Movimiento Democrático Somalí, el cual representaba los intereses de los clanes Digil y Rahanweyn, mayoritarios al oeste de Mogadiscio.

Toda vez que la ANS, ahora liderada por Hussayn Muhammad Farah, llamado Aydid como su fallecido padre, y sus aliados rehusaron tomar parte en él, el CSN, fuera de un cierto sosiego en la capital, no trajo tampoco la reunificación y la paz nacionales, de las que la mayoría de los cabezas de facción hablaban con insistencia pero que iban a seguir siendo utópicas en tanto no desapareciesen las desconfianzas, los rencores y las concepciones patrimonialistas del territorio. Al FDSS, además, la participación en el CSN le acarrió la defección de un sector capitaneado por Muhammad Jibril Musse que se constituyó como Unión Democrática Popular Somalí.

La frustrante experiencia del CSN estuvo seguramente entre las razones que indujeron a Yussuf a apuntalar sus posesiones territoriales de facto confiriéndoles, de manera unilateral y, a todos los efectos, ilegal, de un estatus jurisdiccional, aventura en la que terció decisivamente el sostén financiero del Gobierno etíope de Meles Zenawi. Los cabildeos entre los subclanes Harti y Majertín arrancaron formalmente el 25 de febrero de 1998 y en una segunda fase se incorporaron a los mismos representantes de la Unión Democrática Nacional Somalí y el Partido Somalí Unido (PSU), dos pequeños grupos de otros subclanes darods que, como el FDSS, no veían con buenos ojos la entidad de la República de Somaliland. El 23 de julio, la llamada 'Conferencia Constitucional' de Garoowe, capital de la región de Nugaal, proclamó el Estado del Puntland de Somalia, con Yussuf de presidente y el jefe del PSU, Muhammad Abdi Hashi, de vicepresidente. La misma asamblea promulgó una Carta Interina y eligió una Cámara de Representantes de 69 miembros.

Acusado de ahondar la desmembración territorial de Somalia, Yussuf reiteró que el Puntland perseguía dotar de una estructura administrativa común a las regiones del nordeste, por de pronto Bari, Nugaal y Mudug, y de una representación legítima a sus habitantes en la circunstancia de una conferencia de reconciliación nacional. Pese a la terminología estatal utilizada, el flamante presidente se explayó en el matiz federalista y rehusó las analogías con la vecina Somaliland, que era un proyecto expresamente separatista y daba la espalda a lo que sus dirigentes llamaban la 'Gran Somalia', tal como había existido entre 1960 y 1991. Según el coronel, Puntland aspiraba a convertirse en parte integrante de un Estado somalí reconstituido, compuesto y ampliamente descentralizado, a ser posible de tipo federal. La viabilidad económica de la entidad autónoma se ligaba a los ingresos generados por el puerto de Boossaso, en la costa del golfo de Adén, y el aeropuerto de Galkayo.

Si Yussuf pretendía crear en su coto un modelo de convivencia y prosperidad que sirviera de pauta para el conjunto de Somalia, la empresa no pudo tener un resultado más desalentador, ya que Puntland demostró poseer, a escala regional, los mismos vicios que habían hecho de Somalia un Estado fracasado. Por de pronto, el presidente mostró su talante autoritario y ajeno a la cultura democrática con la prohibición por tres años de todos los grupos políticos, lo que incluía al propio FDSS. La proscripción tenía mucho que ver con las disensiones en el FDSS, donde un sector liderado por el general Muhammad Abshir Musse, el presidente nominal de la organización, y el civil Abdullahi Boqor Musse, un notable del subclán Majertín, impugnaron la elección de Yussuf como presidente de Puntland. Abshir fue silenciado mediante amenazas y excluido del proceso político, mientras que otra destacada personalidad del territorio, Abdurrazzaq Haji Hussayn, quien fuera primer ministro de Somalia entre 1964 y 1967, tuvo que poner tierra de por medio.

En segundo lugar, la reivindicación de las regiones de Sool y Sanaag, que habían enviado delegados darods a la Conferencia de Garoowe, garantizó la hostilidad de los issaqs de Somaliland, conformándose un polo de tensión que en la primavera de 1999 desembocó en los primeros choques armados. El Gobierno de Hargeysa, presidido por el antiguo primer ministro somalí Ibrahim Egal, proclamaba que ambas regiones eran de su soberanía, aunque no pudo

impedir que sus mitades orientales cayeran bajo una administración puntlandesa de facto. A mayor abundamiento, revivieron las andanzas subversivas de una organización indígena de integristas musulmanes que podía encuadrarse entre los enemigos más sañudos del FDSS, Al Ittihad Al Islami (Unidad Islámica). Sospechosa para Estados Unidos de ser una hebra de la red Al Qaeda del saudí Osama bin Laden, la banda fue declarada organización terrorista por la administración de George W. Bush después de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Por otro lado, Yussuf boicoteó resueltamente la Conferencia Nacional de Paz Somalí (CNPS), que, con los auspicios de la Autoridad Intergubernamental del Desarrollo (IGAD) y el Gobierno de Djibouti, y con el aliento diplomático de la Liga Árabe y la OUA, arrancó en Arta, Djibouti, el 2 de mayo de 2000. La CNPS fue capaz de elegir el 13 de agosto una Asamblea Nacional de Transición (ANT) de 245 miembros ?seleccionados, eso sí, con criterios de clan- y 13 días más tarde a un presidente de la República, el primero revestido de legitimidad institucional desde la implosión del Estado en 1991, en la persona del hawiyé Abdiqassim Salad Hassan, antiguo ministro del Interior de Siyad Barre, quien a continuación nombró un Gobierno Nacional de Transición (GNT).

Yussuf se negó a acatar la autoridad de Salad Hassan, pese a merecer éste el reconocimiento de la comunidad internacional, por considerarle el títere de una coalición de fuerzas que apostaba por un modelo de Estado fuertemente centralizado. Desde luego, el coronel darod no estaba solo en este boicot: el GNT fue ignorado también, cuando no combatido manu militari, por la República de Somaliland, por el Consejo de Restauración y Reconciliación Somalí (CRRS), que era una suerte de contragobierno montado en Baidoa en marzo de 2001 por Aydid, Gabiyow, Morgan (ahora, vicepresidente del MPS) y otros warlords y, algo más tarde, por el autoproclamado Estado de Somalia del Sudoeste, una entidad lanzada en abril de 2002, un poco a imitación de Puntland, en las regiones sureñas de Bakool y Bay por la guerrilla proetíope Ejército de Resistencia Rahanweyn (ERR), cuyo líder, el coronel Hassan Muhammad Nur, alias Shaatigaduud, era miembro del CRRS.

Todas estas perturbaciones lastraron en buena medida los esfuerzos para levantar en Puntland una administración eficiente y un sistema de aduanas que controlara fiscalmente el tráfico comercial, pero su gravedad era relativa si se las comparaba con la verdadera guerra civil que sacudió la entidad a los tres años de constituirse. La chispa del incendio bélico la prendió Yussuf al intentar extender su presidencia más allá del período transitorio.

El 27 de junio de 2001, tres días antes de expirar el mandato otorgado por la Conferencia de Garoowe, Yussuf fue investido para servir un nuevo trienio por la Cámara de Representantes, donde contaba con una mayoría de partidarios. Pero entonces se revolvió el prominente opositor Jama Ali Jama, quien se había postulado para el puesto y que acusó a los diputados de cometer un fraude de ley. El Tribunal Supremo intervino al punto y el 1 de julio, dando la razón a Ali Jama, dictaminó que la reelección de Yussuf era inconstitucional. El presidente de la corte, el juez Yussuf Haji Nur, se consideró a sí mismo el presidente de la República en funciones hasta la elección del nuevo titular.

Refugiado en su baluarte de Galkayo, Yussuf tachó de rebeldes y golpistas a sus adversarios, y se aprestó a reconquistar el poder en Garoowe. El 4 de julio realizó una ceremonia de jura de su segundo mandato y luego dedicó unos meses a movilizar apoyos en Mudug, Sool, Sanaag, regiones estas tres donde buena parte de los clanes le expresaron su obediencia, y Nugaal, donde sus seguidores no eran tan numerosos. En cuanto a Bari, la mayoría de los clanes locales optaron por permanecer neutrales y a la expectativa.

Yussuf no pudo impedir que Ali Jama, un político conservador muy apegado a las lealtades de clan, se convirtiera en presidente del Estado el 14 de noviembre de 2001 por decisión de una asamblea de notables tradicionales y con el aval financiero de hombres de negocios conectados con el Ittihad. La alarma de Yussuf era mayor si cabía porque Ali Jama estaba abierto al diálogo con el GNT de Mogadiscio, disposición que, a sus ojos, entrañaba el peligro de la desaparición de Puntland.

Así que su respuesta fue lanzar una fulminante ofensiva militar que en el plazo de siete días puso a Garoowe en sus manos. Ali Jama y sus milicianos se trasladaron entonces a Boossaso,

pero el 8 de mayo de 2002 la capital comercial de Puntland fue a su vez tomada por los hombres de Yussuf. Con esta última operación, el coronel restablecía el estatus de poder anterior al 1 de julio de 2001, aunque Ali Jama continuaba en rebeldía. El 17 de mayo de 2003, finalmente, las partes firmaron un acuerdo de paz que incluía un reparto de carteras gubernamentales. El final de las hostilidades en Puntland dejó a Yussuf en una situación de fuerza tal que en diciembre de ese año el coronel se animó a lanzar una incursión de conquista en la disputada Sool; la columna puntlandesa ocupó la capital regional, Laas Anood, provocando la airada protesta del presidente somalilandés, Dahir Riyale Kahin. Por lo demás, la influencia de Puntland se hacía notar en áreas de mayoría hawiyé al sur de Mudug. En resumidas cuentas, a finales de 2003, Yussuf gobernaba el feudo político más importante del país y él mismo se había convertido en el jerifalte más poderoso de Somalia. En cambio, marcando un contraste desolador, la jurisdicción real del GNT y el presidente Salad se diluía a escasos kilómetros de Mogadiscio, cuando no en ciertos barrios del casco urbano.

Las ínfulas expansionistas de Yussuf fueron incluidas por los valedores internacionales del GNT entre los factores que amenazaban el éxito de la Conferencia Nacional de Reconciliación Somalí (CNRS), nuevo foro que, bajo la égida de la IGAD y con la participación del presidente puntlandés, emprendió en octubre de 2002 en la localidad keniana de Eldoret unos trabajos encaminados a dotar a Somalia de unas instituciones y una Constitución nacionales para después del trienio de transición, que expiraba el 13 de agosto de 2003. Semanas antes de esta fecha, a principios de julio, los delegados de la CNRS, ahora instalada en Nairobi, acordaron establecer un nuevo Parlamento de 351 miembros designados por la veintena de jefes de facción signatarios de la Declaración de Eldoret; esta cámara legislativa, a su vez, elegiría a las nuevas autoridades del poder ejecutivo.

Yussuf, revirtiendo la actitud que había reservado al proceso de Arta y la CNPS, acogió de buen talante el borrador de la Declaración de Eldoret sobre el Cese de las Hostilidades y la definición de las Estructuras y Principios del Proceso de Reconciliación Nacional de Somalia porque su primer artículo exponía la necesidad de elaborar una Constitución nacional que consagrara los principios estatales del federalismo y la descentralización. Así que el 27 de octubre de 2002, después de once años en los que hasta un millón de somalíes habrían muerto por el hambre y la guerra, el caudillo regional estampó su firma al documento junto con el primer ministro del GNT, Hassan Abshir Farah (a la sazón, otro ex dirigente puntlandés caído en desgracia ante Yussuf, que le había cesado como ministro del Interior y Seguridad en 2000 por unirse al proceso de Arta), el presidente de la ANT, Abdullahi Derow Isaaq, y otros 19 cabezas de facción entre los que estaban Aydid, Gabiyow, Morgan, Shaatigaduud y Ali Ato. En enero de 2004, Yussuf tranquilizó a quienes asistían con preocupación a la penetración militar puntlandesa en Somaliland dándoles garantías de que su compromiso con el proceso de Eldoret era firme e insistiendo en que él era de los más interesados en un Estado somalí estructurado en entes federados. El 29 de ese mes, los participantes en la CNRS firmaron en Nairobi otro documento de consenso en torno a un Parlamento revisado a la baja en cuanto al número de miembros: los parlamentarios serían ahora 275, con cuatro bloques de 61 diputados designados por los clanes mayores (Darod, Hawiyé, Issaq y Rahanweyn) y los restantes 31 aportados por los clanes menores. El mandato de la denominada Asamblea Federal de Transición (AFT) sería de cinco años y como cometido inicial tendría elegir al nuevo presidente de la República.

Mientras una coalición de cabecillas facciosos proetíopes del norte de la capital demandaba una nueva conferencia nacional y, más al sur, el pendenciero Morgan, tras romper con la CNRS, reanudaba las actividades militares para intentar arrebatar su antigua posesión de Kismayo a la heterogénea Alianza del Valle de Juba (AVJ), en Garoowe, Yussuf jugó la carta de líder nacional responsable y empezó a promocionarse como el candidato más idóneo para el puesto de presidente. El envite era complicado, ya que en todos estos años el coronel se había ganado a pulso un buen número de enemistades o bien de desconfianzas en la constelación de clanes y guerrillas, pero los gobiernos de Etiopía y Uganda (cuyo presidente, Yoweri Museveni, era el presidente de turno de la IGAD) acudieron a sostener sus ambiciones.

La AFT se declaró abierta en Nairobi el 2 de septiembre de 2004 bajo la dirección provisional de Hersi Bulhan Farah, quien días después dejó paso a un titular en la persona del empresario

Sharif Hassan Sheikh Adan. De cara a la votación presidencial, a efectuar el 10 de octubre en un estadio deportivo de la capital keniana, presentaron sus candidaturas Yussuf y otros 25 aspirantes, entre los que estaban Salad, un hermanastro del difunto Siyad Barre, antiguos responsables políticos y hombres de armas en activo.

Aunque partía como el claro favorito, Yussuf necesitó tres votaciones para deshacerse de su rival más fuerte, el ex embajador en Estados Unidos y financiero Abdullahi Ahmad Adow: en la primera ronda obtuvo 80 votos, en la segunda 147 y en la tercera y definitiva 189. El 14 de octubre, el ya ex presidente de Puntland (la vacancia en Garoowe la cubrió en funciones el vicepresidente Abdi Hashi, hasta que el 8 de enero de 2005 fue elegido para el puesto Mohammud Musse Hersi, alias Adde) tomó posesión formal, que no efectiva, ya que todo seguía desarrollándose en Nairobi, de la jefatura del Estado somalí con mandato hasta 2009. Solemne, Yussuf recitó: ?En el nombre de Dios, juro hoy que lideraré este país y al pueblo de Somalia con justicia, honestidad y transparencia, con el fin de resolver los problemas de nuestro país?.

La ceremonia, celebrada con la pompa propia de la proclamación de la independencia de un Estado y salpicada de vibrantes exhortaciones a la reconstrucción nacional, fue presenciada por miles de alborozados somalíes de la diáspora y contó con un nutrido plantel de dignatarios internacionales. Yussuf estuvo arropado por un ramillete de mandatarios africanos: el nigeriano - y presidente de turno de la Unión Africana- Olusegun Obasanjo, el ugandés Museveni, el rwandés Paul Kagame, el burundés Domitien Ndayizeye y el djiboutiense Ismail Omar Guelleh, amén del anfitrión, Mwai Kibaki. También estaba el presidente de Yemen, Ali Abdullah Saleh, pero sin embargo faltó el primer ministro Meles, o bien el presidente Girma Wolde-Giyorgis, en representación de Etiopía. Con todo, Addis Abeba comunicó su reconocimiento diplomático a Yussuf.

Mientras se sondeaba el terreno para su instalación en Mogadiscio, que seguía sembrada de ruinas y distaba mucho de ser una ciudad segura, Yussuf se explayó en llamamientos a la comunidad internacional. A Occidente le reclamó una implicación económica masiva para poder poner en marcha una administración central, una red elemental de servicios públicos y programas de socorro humanitario, todo ello impostergable en un país arrasado y exangüe, en el que casi nada funcionaba salvo si terciaba el capricho interesado de algún señor de la guerra.

A la Unión Africana le urgió a que desplegara una fuerza militar de 15.000 a 20.000 hombres para ayudar en la requisita de armamento (según datos que él mismo aportó, dos millones de armas de fuego de los calibres más diversos, desde simples pistolas automáticas hasta piezas de artillería pesada y destartalados carros de combate de fabricación soviética, circulaban sin control a lo largo y ancho del país) y crear bolsas de seguridad. De todas maneras, no existía ningún calendario de desarme y desmovilización de las omnipresentes milicias (60.000 hombres), por cuyas manos pasaba el destino, venturoso o aciago, del proceso de reconciliación.

No obstante sus mensajes de contenido bienintencionado, Yussuf continuaba despertando recelos, en especial entre los hawiyés, los ogadenis y los marehás. Sin ir más lejos, su presidencia ya contaba con el sonoro no de dos warlords tan importantes como Aydid y Morgan, lo cual no era empezar de la mejor manera. Asimismo, miembros de la marginada, que no extinguida, sociedad civil somalí, los cuales detestaban los encasillamientos de clan, transmitieron su escepticismo con las cualidades como estadista y las verdaderas intenciones de un hombre que hasta la misma víspera de su elección había sido un caudillo de reino de taifas alérgico al pluralismo y la discrepancia políticos.

A renglón seguido, puede decirse que los primeros meses de la presidencia de Yussuf han conocido algunos sucesos inquietantes que dificultan la elaboración de pronósticos halagüeños para el martirizado país africano. Por de pronto, el 29 de octubre, estallaron cruentos combates entre fuerzas somalilandesas y puntlandesas en las inmediaciones de Laas Annod, con un

balance de un centenar largo de muertos. Los observadores se preguntaron por el grado de responsabilidad de Yussuf en estas violencias, por más que el flamante presidente asegurara que ya no servía a otros intereses que los de Somalia.

Poco después, se planteó la dificultad de nombrar un primer ministro aceptable para la AFT. Yussuf quería ablandar las actitudes de desconfianza o abierta hostilidad instaladas entre los notables hawiyés que se repartían el control de Mogadiscio, sin cuyo respaldo ya podía olvidarse de poner pie en la capital y de montar allí su despacho presidencial. El 3 de noviembre Yussuf se decantó por Ali Muhammad Ghedi, un asambleísta hawiyé de muy buena reputación cuya pertenencia al subclán Abgal, empero, no le hacía grato a Aydid.

Ghedi presentó el 1 de diciembre la lista de los 78 miembros ?nada menos, reflejando a las claras la atomización del reparto de prebendas para no dejar a nadie descontento- del Gobierno Federal de Transición (GFT), pero el 11 de diciembre la AFT endilgó a este gabinete un voto de censura por haber tomado posesión antes de someterse a la confianza parlamentaria. Con esta sanción, la mayoría de los diputados, en principio, castigaba el defecto antidemocrático en el procedimiento, aunque los contrarios a la moción acusaron a sus colegas de disfrazar con legalismos la intencionalidad política de torpedear al nuevo Ejecutivo. De todas maneras, dos días después, Yussuf volvió a nombrar a Ghedi, quien el 7 de enero de 2005 hizo en el Gabinete los retoques necesarios (lo amplió a 94 miembros) antes de merecer, esta vez sí, la confianza de la AFT en el plazo de ocho días.

En el GFT obtenían puesto, entre otros, Aydid (viceprimer ministro y ministro del Interior), pese a su postura refractaria al despliegue de una fuerza de paz panafricana, sobre todo si incluía a soldados de Etiopía y Djibouti, Ali Ato (ministro de Obras Públicas y Vivienda) y otro poderoso cacique militar de Mogadiscio, así como el tercer candidato más votado en las presidenciales indirectas de octubre, Muhammad Qanyare Afrah (Seguridad Nacional). Aspecto clamoroso que evidenciaba dónde residía el verdadero poder en Somalia, los tres fueron premiados con carteras de peso sin ni siquiera haberse comprometido a desmovilizar sus milicias, que continuaban campando por sus respetos en los respectivos sectores urbanos.

(Cobertura informativa hasta 10/1/2005)